

padezco por cada una un número excesivo de infinitas tristezas: padezco por los pecados de cada uno, y por cada pecado de por sí: padezco por ganarle á cada uno las virtudes; y por ganar cada uno en particular padezco infinitamente: padezco consiguientemente por ganarle á cada uno la contrición y las medicinas de los Sacramentos, la perseverancia y las virtudes, los dotes del cuerpo con la resurrección, y los grados de gloria de cada uno; y cada cosa de estas, para cada uno en particular, me cuesta tristeza y aflicción infinita, y así por cada uno una infinidad de penas, tristezas y congojas infinitas. Mira, cristiano, lo que debes á este Señor, y mira cuán caro le cuestas. ¡O amor eterno! ¡O Dios de amor, no conocido de los pecadores! ¿Si tú pensaras, cristiano, que tu Señor andaba tan afligido por tu bien, le habías de ofender? ¿No le habías de servir? Pues hazlo desde ahora, puesto que quizá solo ahora ha llegado á tu noticia este amor.

194. Considera la tercera causa de sus penas, como la misma sacratísima Virgen reveló en esta misma revelación á mi padre Santo Domingo, y al beato Alano. Sabed, Madre mía (le dijo el divino Hijo,) que mi alma conoce en mi divinidad el número cierto de los que se han de salvar, y el número determinado de los que se han de condenar: este es excesivo, y aquel en su comparación muy corto: y siendo así que me ofrecí por todos á las penas y tristezas que habeis oído; viendo cuán pocos se han de aprovechar de mi penar, y que innumerables, despreciando mi amor, mi compasión y mis penas, se han de condenar, me aflige el alma con tanta aflicción, que si todas las arenas del mar, y todas las yerbas de los campos se volvieran vivientes sensibles, y por todos se dividiera la menor parte de mi aflicción, todos quedarán de repente muertos: ¿y qué mayor pena que padecer por salvar al que no quiere ser salvo? ¿Qué mayor pena que padecer por quien ha de tener en nada, y ha de despreciar mi pena? Piensa, devoto de la Virgen, como tú hasta ahora has sido uno de estos despreciadores de las penas y tristezas de tu Señor: enmienda tu vida, aprecia á quien te aprecia, ama á quien te ama, y sirve á quien tanto debes. Lloro tu ceguera, y clamo de continuo á la Madre de las misericordias, para que ruegue por ti, y tú vuelvas en ti; porque ha mucho tiempo que andas como fuera de ti.

195. Considera la cuarta causa de las penas de tu Señor,

y piensa como su divina Magestad tenía tan presentes todos los hombres del mundo, como si solo fuera uno, y ese estuviera siempre á su vista. Piensa asimismo, que veía y sabía todo el número de los demonios que en toda la redondez de la tierra perseguían á los hombres, y los habían también de perseguir hasta el fin del mundo: sabía todas sus astucias, ardides y engaños para derribarlos: veía claramente á cuantos derribaban en culpas, y á cuantos traían á desesperados errores, á cuantos cargaban de dolores, de plagas, enfermedades, y oía de cada uno los clamores: veía á cuantos en cada hora y momento agonizaban: veía á los demonios, que alegres cargaban por instantes innumerables almas á los infiernos; y como las amaba á todas, le traspasaba el corazón una continuada compasión de infinito dolor por cada una. Mira, cristiano, cuál andaría interiormente aquella alma sacratísima. ¡Qué afligida y desconsolada! Imagínate tú á ti mismo, que estás en campo raso, lleno de gente, y que con tus ojos ves á innumerables y cruelísimos verdugos, que entrando por la multitud, á unos degüellan, á otros desuelan, á otros arrastran, á otros hieren de muerte, á otros quemar vivos, y á otros matan y ahogan, á otros llenan de lepra y llagas, y esto con tanto dominio, que ninguno se les atreve ni les hace rostro. Dime, ¿si te hallaras á la vista de tan lastimoso espectáculo, cuál tuvieras el corazón, aunque fuera de piedra? Piensa, pues, que el Señor veía que los demonios ejecutaban toda esta carnicería en los hombres, y piensa cuáles estarían aquellas piadosísimas entrañas: por eso nunca le vieron reír: llorar sí muchas veces. Mira que quizás tú eres uno de estos miserables, que tienes dentro de ti el alma de una de aquellas maneras atormentada: clama al Señor y á la Señora, que pues su piedad es tanta, y su compasión tan grande, sin duda ninguna te salvarán.

196. Considera la quinta causa de las penas de tu Señor, y piensa que es purísimo, limpiísimo, y que la pureza, la santidad, la limpieza y hermosura de las almas le deleita y recrea con tanta suavidad, que todos los olores, fragancias y suavidades del mundo, comparados con el olor que percibe de una alma santa y virtuosa, son como si no fuesen. Considera tú ahora por lo contrario, que si de todos los malos olores, corrupciones y hediondecas del mundo so compusiera un mal olor, este fuera como nada comparado con la hediondez del pecado. Piensa, pues, que cuando el Señor vino

al mundo, estaban todas las gentes corruptas y abominables: eran rarísimos los virtuosos, é innumerables los pecadores, feísimas, impías y abominables las culpas humanas. ¡Considera, pues, cómo andaria este Señor entre tanta hediondez! ¡Qué atosigado! La misma pureza, hermosura, limpieza y santidad entre tanto, tan asqueroso, abominable y sucio lodo, ¿cómo andaria? ¿Si á ti te hicieran estar, comer y dormir entre muchos cuerpos muertos, corruptos y llenos de gusanos, comieras ó descansaras? ¿Pues qué son los cuerpos muertos para las almas muertas! son como flores. ¿Pues cómo vivía, andaba y estaba este purísimo Señor entre tan mortal y pestilente hedor? ¡ó qué treinta y tres años pasó nuestro Dios en este apestado y miserable valle, verdaderamente valle de miserias! Era pura santa Catalina de Sena, y cuando pasaba por junto algun deshonesto, era tanto el asco, que le queria hacer echar las entrañas. ¡O pureza inmensa de nuestro Dios! ¡Qué ascos, qué bascas y tósigos no os dieron, Señor mio, los pecadores, y los sufristeis treinta y tres años! Mira, cristiano, si este solo era insufrible martirio. Por aquí puedes considerar si los hedores del infierno se pueden comparar con los que padeció tu Dios. ¡O Madre de la pureza! ¡Purísima Reyna! ¿Y vos, santísima Señora, por ventura estabais libre de estos martirios? No lo creas, devoto de esta celestial Princesa: mira y atiende que ya no estan ni el Hijo ni la Madre para estos tósigos: purifica tu alma, pues el Señor te dejó remedio en los sacramentos, y mira cómo entras á su presencia: mira cómo entras en los templos: procura que tus oraciones y tus obras huelan bien á ambos: mira que si vas á su presencia manchado y sucio, le da en rostro tu oracion.

197. Considera lo que dice el evangelio: cómo el Señor se fué con su santísima Madre y con el señor San Josef á Nazareth, y allí vivió sujeto á los dos el Autor de la vida. En esta consideracion tienes mucho que meditar. Piensa cuál quedaria el corazon de María santísima despues de este coloquio que tuvo con su divino Hijo, en que le dió parte de sus penas interiores. ¡Qué triste y afligida quedaria con tan triste y dolorosa revelacion! Hasta entónces has de considerar que siempre que la sacratísima Madre miraba al Hijo se le recreaba el alma, y sentia inefables gozos en su corazon, viendo su hermosura, contemplando su modestia, su mansedumbre y afabilidad, y oyendo sus dulcísimas palabras; mas

ahora, considerando las penas de su alma, las tristezas de su corazon, y lo infinito que cada instante padecía; siempre que le miraba, como sabia lo que pasaba en su interior, se affigia de muerte, y sus ojos continuamente derramaban lágrimas, de manera que ya todo lo restante de su vida era un continuado martirio. Penaba el Señor por las razones que quedan dichas, y penaba la Madre santísima, sabiendo la pena y afficcion del Hijo: y así las tristezas, penas y congojas que hasta entónces habian sido solas del Hijo, ahora se hicieron comunes á entrambos: ya no lo podia ver sin llorar, ya no lo podia oír y tratar sin affigirse. Aprende por aquí, devoto de la Virgen, á mirar á tu Señor y á tu Señora, y advierte, quo si en estas meditaciones lo miras ya en adelante sin penas, y si la tristeza de los dos y su afficcion no te entristece el corazon, no los amas, y es claro indicio de que está en otra parte tu amor: vuélvelo á su centro, dalo á cuyo es, ponlo en Jesus y María, que puesto ahí, sus penas serán tuyas: y si padeces con los dos, serás glorificado.

198. Considera cómo habiendo llegado el Niño Dios con su Madre y señor San Josef á Nazareth, el Niño le dijo, que conforme á la edad que tenia, y en adelante tuviese, les habia de servir como otro cualquiera hijo sirve á sus padres. Conocíanle por verdadero Dios, y así es de creer que rogarían á su divina Magestad, postrados por tierra, que se dignase de aceptar lo poco que podian hacer en su servicio; pero que servirles á ellos el Señor, seria un grandísimo linage de tormento para sus almas, y así, que se sirviese, si era posible, de suspender su determinacion: á que responderia su divina Magestad, que no habia venido á este mundo para ser servido, sino para servir, y que no solo les habia de servir, sino que le habian de mandar de la misma manera que mandaran á otro que no fuera el Señor, que así se lo ordenaba: que aquella era la voluntad de su Padre, y así que no tomasen pena de ello. Y en esta suposicion puedes considerar, que ves á tu Criador unas veces barriendo la casa: otras cargando astillas para el fuego, y encendiéndolo: otras cargando agua: otras llevando y trayendo la herramienta al señor San Josef: otras llevando á sus dueños la costura que hacia su santísima Madre, y trayendo otra para que la hiciese: otras poniendo la mesa, y llevando el manjar: otras levantándola, y doblando las servilletas: y á este modo todo lo demas que conducia á aquella edad, y que un hijo de unos pobres podia

hacer para sus padres. Piensa ahora la confusion tan grande que causaria en aquellos humildísimos corazones el verse servir del Criador de todas las cosas: qué sentirian sus almas cuando se hallasen obligados á mandarle hacer alguna cosa. Considera cómo ya despues de recogidos á la noche, uno y otro se arrojarian á sus plantas, llorando sin consuelo, y pidiéndole perdon de haberle mandado, y de haberse dejado servir de su divina Magestad, y cómo de nuevo le suplicarian les levantase la órden de que le mandasen: mas el Señor les diria para consolarlos, que en público así convenia lo hiciesen, para ocultar su divinidad; que en secreto les daba licencia para que le tratasen como á Dios. Y así puedes pensar, que en secreto jamas le hablaron, dieron, ni recibieron cosa de sus manos que no fuese de rodillas: allí le adoraban y reverenciaban como á verdadero Dios, y el Señor, como tal, los ilustraba.

199. Considera los egercicios espirituales en que el Señor se egercitaba, su abstinencia, que jamas comió carne, y de las yerbas ó peces que comia, era solo una vez cada veinte y cuatro horas, y de eso templadísimamente: sus vigiliass eran continuas, y si daba algun descanso á su cuerpo, debes pensar que era en el suelo con alguna piedra ó madero por cabecera, y esto en su casa, cuando niño; y en los montes y desiertos, cuando grande, en donde pasaba las noches enteras orando y clamando por los pecadores; y luego por la mañana visitaba la sinagoga, en donde hacia oracion por espacio de una hora, como meditan muchos. Luego se iba al hospital, y consolaba y animaba á los enfermos, y despues iba á casa de algunos enfermos pobres, y asimismo los animaba á padecer; y luego, habiéndolos consolado, se iba á casa, y en cuanto hombre tomaba la bendicion de su Madre sacratísima, y juntamente se la daba, y al señor San Josef, que por el rostro sacaban las noches trabajosas que pasaba, y en las mejillas conocian lo mucho que lloraba por los pecadores, y se compungian y lloraban en su presencia, entendiendo con la luz que el Señor les daba, cuán desvelado y afligido le traia el negocio de la salvacion de los hombres. Mira bien y considera á tu Dios en estos desvelos: acuérdate cuántas veces te has desvelado por ofenderle, y arrojado á sus piés llora tu ceguedad y malicia.

200. Considera cómo el Señor, egercitándose en todas las virtudes, como lo has visto, en la humildad, en el retiro y

soledad, en los ayunos y abstinencias, en las vigiliass y oraciones, y en la piedad y caridad; tambien se egercitaba en la paciencia, como dice San Buenaventura. Veian los Judíos que iba y venia á los montes y desiertos, que frecuentaba la sinagoga, los hospitales y los pobres: que pasaba, entraba y salia por junto á ellos, y no entraba en sus corrillos y conversaciones, y que era de elegantísima y hermosísima disposicion, el mas hermoso de los hombres; y le murmuraban, y decian que era un haragan y holgazan, y que todo el tiempo se le iba en pasear: que ni él estudiaba ni trabajaba, y por todas maneras se criaba ocioso é inútil, y que en qué habia de parar: que por último daria en embustero, y que sin duda pararia en una cruz, que era lo mismo que ahora en una horca. Oia el Señor, sabia y entendia como lo murmuraban, y callaba y sufría, para darnos egeremplo de paciencia. Muchos harian burla de él, y viéndole, dirian, moviendo las cabezas: allá va aquel holgazan flojo y perezoso, y otras cosas á este modo; y otros mas atrevidos se le pondrian por delante, preguntándole de dónde venia, y en qué se entretenia: buscaban ocasion para reprehenderle, y le decian, ¿que cómo teniendo un padre viejo y una Madre pobre, se andaba paseando, y no aprendia algun oficio para sustentar á sus padres? Y á vueltas le dirian lo que se les antojase; porque para todo daba lugar la humildad, la modestia y el sufrimiento del Señor, que en diciéndoles alguna breve palabra de edificacion y enseñanza pasaba y los dejaba, y ellos se quedaban riendo y haciendo donaire de lo que les habia dicho. ¡O paciencia, humildad y mansedumbre del Hijo de Dios! Aprende á sufrir, y abre los ojos para conocer cuán ciego es el mundo en sus juicios, que todo lo que no es egercitarse en negocios del mundo, todo lo tiene por ocioso, inútil y vano, y por tales juzga á los que se egercitan en la virtud, y como murmuraron al Señor, así murmuran á los suyos. Déjale engañado y ciego en su juicios, y tú, si lo tienes, buscarás la salvacion, y no harás caso de sus dichos.

201. Considera cómo nuestro Señor, cuando llegaba a casa despues de estos egercicios, se quitaba su vestidura: unas veces se iba á ayudar á serrar algunos maderos al señor San Josef: otras veces trabajaba por su misma mano, y como dicen graves autores, hacia yugos y arados, y los hacia muy ligeros y suaves; porque hasta en eso predicaba y enseñaba, dando motivos para lo que despues habia de predicar con las

palabras, que el yugo de su ley y doctrina era suave, y la carga que ponía á las almas ligera. Considera cómo por ser tan buena la obra que hacía el Señor, acudían muchos á comprar los yugos y los arados: lo uno, por ser suaves y ligeros, y lo otro, porque allí no se tiraba á la ganancia, sino es á la caridad: así los mas los llevaban de balde, y otros daban al señor San Josef lo que querían, y no mas. Ea, cristiano, acude por tu yugo: ve á buscar el arado que hace el Señor, que todo lo da de balde. El yugo es su doctrina y consejo: recíbelos, empieza á trabajar, y verás cuán suave es el Señor para los que trabajan debajo de su yugo: ve por el arado, que es la mortificación de tu carne, la cual te ofrece el Señor en los ejemplos de su vida, ejercitada en sí mismo, como lo ves en estas consideraciones: alarga la mano á este arado, y trata de trabajar la tierra de tu cuerpo, que si no se trabaja, no da otra cosa que espinas para el alma; y habiendo empezado, mira no vuelvas atrás: lleva delante de tí al Señor: pon en él la vista, que con eso perseverarás y cogerás el fruto de tu cansancio; y en todas tus fatigas y cansancios anda á tu Madre María santísima, y verás como te consuela.

202. Considera cómo por ocasion del oficio del señor San Josef y de la labor de la Reyna del mundo, acudían muchos á aquella casa, y con la santa conversacion, aunque muy corta y medida en palabras, salían muy consolados y aficionados de corazón á María santísima y á su divino Hijo, y cómo aunque había muchos malos que murmuraban del Señor, había otros muchos que se morían por verle; porque la mansedumbre, la afabilidad y la humildad del Señor, junta con su singular hermosura, recreaba los ánimos, inflamaba los corazones, alegraba á los tristes, y consolaba á todos: así (como dice Santa Brígida) cundió esta noticia tanto por la tierra, que todos los tristes, afligidos y desconsolados decían: vamos á ver á Jesus, Hijo de María, que con solo verle quedaremos consolados y aliviados: y así les sucedía; y cuando no hallaban al Señor, por estar recogido en oracion, preguntaban por su Madre, y con solo ver su modestia, se compungían, y con sola una palabra que les hablase, los llenaba de consuelo; así volvían echándole mil bendiciones. Ea, afligidos, desconsolados y atribulados, andad al Hijo de María santísima, que es el mismo que era, y hallaréis el consuelo, y si se os oculta, andad á su Madre sacratísima, idos á su

presencia por la mañana, á medio día y á la noche; y por mi cuenta si salís desconsolados de su presencia.

203. Considera dos cosas: la primera, y en que debes cargar mucho la consideracion, es en el desvelo con que la sacratísima Virgen atendía á los dichos y hechos de su santísimo Hijo: en todo este tiempo no hacía cosa, ni ejercitaba virtud, ni decía, ni hablaba el Señor palabra que se le perdiese á la prudentísima Madre: todo lo guardaba en su corazón, y meditando sobre ello, al mismo punto le procuraba imitar, copiando en sí todas sus virtudes y ejercicios, segun y cuanto era posible á pura criatura, y el Señor, que sabía sus ansias, es de creer que no se contentaba con mostrarle los actos de virtud que se manifestaban afuera, sino los mismos hábitos, y el ejercicio mental, con que interiormente oraba, que era altísimo; y así es de creer que le revelaba en vision intelectual cuanto pasaba en lo interior de su alma: su caridad, su amor, su humildad, su resignacion y conformidad con todas las demas virtudes ejercitadas interiormente con exceso infinito á toda pura criatura. Mira tú ahora qué tal sería el aprovechamiento de nuestra Reyna en tan soberana escuela. Entra tú en ella, y ya que no seas admitido á aquellos secretos interiores, los exteriores no te podrán faltar: medita y ajusta tu vida conforme á lo que hubieres obrado con tus Señores, que sobrada materia te darán, como tú quieras aprovechar. Considera lo segundo, como habiendo muerto el señor san Josef, asistió el Señor a su santísima Madre, hasta que habiendo llegado el tiempo de manifestarse al mundo, y hallándose en la edad de treinta años, poco mas ó ménos, pidió, licencia á su santísima Madre para ausentarse, diciéndole, que ya se acercaba el tiempo de manifestarse al mundo, y predicar á los hombres; y así, que primero había de ir al Jordan, y de allí al desierto, y luego había de juntar discípulos, y que hechas todas estas cosas, daría la vuelta á Nazareth, y la visitaria. Mira cómo nuestra Señora postrada á sus plantas, llorando del sentimiento de ver que se le apartaba, le pidió su bendicion: dióselo el Señor, y se apartaron los dos, quedándose sola en su casita nuestra Señora, y caminando solo al Jordan nuestro Señor. Ea, deja tu descanso, y da de mano á todas las criaturas, y ve á servir y acompañar á tu Señora, que su Magestad te dará noticia de lo que hace tu Señor ausente; porque en su corazón siempre lo tiene presente.

204. Considera cómo el Señor se fue al desierto, y en él ayunó cuarenta días, haciendo penitencia, y de esta suerte se dispuso para pelear con el demonio, juntando á esto la soledad, la oracion, el poco sueño y ninguna cama, con lo cual nos da egemplo el Señor para que hagamos lo mismo, si queremos vencer las tentaciones, porque es necesario que padezcamos. Buen egemplo tenemos en nuestro Salvador: y así procurémos retirarnos al desierto de la penitencia; y para esto se ha de animar el alma y seguir á Cristo nuestro Salvador, que nos está llamando, y mostrándonos el camino; y si queremos saber cuáles son los caminos y sendas que el Señor nos muestra, no son otros que los de sus misterios. El primer camino es del seno del Padre al vientre virginal de su Madre por la Encarnacion: el segundo á las montañas de Judea por la Visitacion: el tercero á Belen al establo y pesebre de bestias: el cuarto al templo, y la fuga de Egipto: el quinto de Egipto á Nazareth, y de Nazareth, al templo donde le perdió. Estos son los caminos que el Señor nos enseña en sus misterios gozosos; y estas son las sendas que ha de saber el cristiano, para considerar cuando rezare el santísimo Rosario. Y despues prosiguió el Señor predicando y obrando muchos milagros, y creyéron muchos en su divina palabra. Hasta aquí llega la explicacion de los misterios gozosos. Procurémos sacar de ellos mucho fruto para nuestras almas, pidiendo humildemente á la que es Madre de las misericordias interceda con su santísimo Hijo, para que en nuestros corazones se imprima el Arco Iris de Paz, que se nos ha propuesto en estos santísimos Misterios.

MISTERIOS DOLOROSOS.

CERCANO ya el tiempo que la divina Providencia tenia determinado que el Unigénito del Padre padeciese la cruelísima pasion, la horrible y afrentosa muerte de la cruz, para redimir al hombre de la eterna muerte y esclavitud del demonio: estando el Señor en Betania el juéves santo por la tarde, llegaron los discípulos á su Magestad soberana; y como no tenia casa propia en este mundo, siendo dueño de todas las cosas, le preguntáron que en dónde habia de celebrar la pascua. Mandó el Señor á dos de sus discípulos que fuesen á Jerusalem, y que siguiesen á un hombre, que encontrarian con un cántaro de agua en el hombro, y en la casa donde entrase, digesen de su parte al dueño, que el cenáculo que tenia dispuesto para él y su familia, se lo diese, para que con sus discípulos cenase y celebrase en él la pascua. Hicieronlo así, y el Señor con sus discípulos se despidió de su Madre santísima, y se fué á la dicha casa, donde dió cumplimiento á los preceptos legales en aquella cena, y ordenó el nuevo testamento en la cena mística de su sacratísimo cuerpo, y su preciosísima sangre.

MISTERIO PRIMERO.

De la Oracion que hizo el Hijo de Dios en el Huerto.

205. CONSIDERA cómo el miércoles santo, habiendo cenado el Señor en casa de Santa María Magdalena en Betania, y recibido de su sierva aquel devoto obsequio del agua de olores con que le festejó, por lo cual se indignó el maldito Júdas, y murmuró la accion, proponiendo en su depravado corazon vender á su Maestro, para sacar de su sangre lo que habia de hurtar de aquellos unguentos, si se lo hubieran dado: viendo, pues, la Santa, y oyendo las palabras con que el Señor volvió por ella, diciendo que aquellos unguentos los habia hecho para su sepultura, y que á los pobres no les fal-